



TEXTOS PARA COMENTARIOS

TEXTOS PERIODÍSTICOS

Juguemos

Jugar en la calle. Jugar en grupo. Esa es la actividad extraescolar que un grupo de educadores y psicólogos americanos han señalado como la asignatura pendiente en la educación actual de un niño. Parecería simple remediarlo. No lo es. La calle ya no es un sitio seguro en casi ninguna gran ciudad. La media que un niño americano pasa ante las numerosas pantallas que la vida le ofrece es hoy de siete horas y media. La de los niños españoles estaba en tres. Cualquiera de las dos cifras es una barbaridad. Cuando los expertos hablan de juego no se refieren a un juego de ordenador o una *playstation* ni tampoco al juego organizado por los padres, que en ocasiones se ven forzados a remediar la ausencia de otros niños. El juego más educativo sigue siendo aquel en que los niños han de luchar por el liderazgo o la colaboración, rivalizar o apoyarse, pelearse y hacer las paces para sobrevivir. Esto no significa que el ordenador sea una presencia nociva en sus vidas. Al contrario, es una insustituible herramienta de trabajo, pero en cuanto a ocio se refiere, el juego a la antigua sigue siendo el gran educador social.

Leía ayer a Rodríguez Ibarra hablar de esa gente que teme a los ordenadores y relacionaba ese miedo con los derechos de propiedad intelectual. No comprendí muy bien la relación, porque es precisamente entre los trabajadores de la cultura (el técnico de sonido, el músico, el montador, el diseñador o el escritor) donde el ordenador se ha convertido en un instrumento fundamental. Pero conviene no convertir a las máquinas en objetos sagrados y, de momento, no hay nada comparable en la vida de un niño a un partidillo de fútbol en la calle, a las casitas o al churro-media-manga. Y esto nada tiene que ver con un terror a las pantallas sino con la defensa de un tipo de juego necesario para hacer de los niños seres sociales.

Elvira Lindo, *El País*, 12 de enero de 2011

El terror

Antes sentíamos terror frente a las cosas que ignorábamos; ahora sentimos terror por las cosas que conocemos. Antes adorábamos al Sol para que nos fuera propicio y fiábamos nuestro destino a las estrellas; ahora la astronomía nos amenaza con millones de aerolitos y puede que cualquier día uno de ellos acabe con la vida en la Tierra. A los antiguos les causaban pánico la veleidat y tormentoso carácter de Yahvé y de los dioses del Olimpo, los dueños del rayo de la muerte; ahora vivimos a merced de los misiles o del coche bomba de un fanático, porque el Olimpo está en el Pentágono o en el sótano de cualquier grupo terrorista. Ayer ignorábamos el misterio del feto en el vientre de la madre y sentíamos terror ante la posibilidad de engendrar a un monstruo; hoy sabemos que ese monstruo se puede fabricar en un laboratorio cruzando genes humanos y de animales. Ayer bendecíamos la mesa para agradecer los alimentos que nos había regalado el Señor; hoy esta oración es más necesaria que nunca porque tememos que la comida basura nos vaya a envenenar. Ayer reinaba la Inquisición o la voluntad despótica de un tirano, a la que estábamos sometidos; hoy sentimos la misma indefensión ante la incompetencia y la corrupción de los políticos demócratas que hemos elegido. Antes nos sobrecogía el origen desconocido de las tempestades, inundaciones, incendios y sismos de la naturaleza; ahora el pánico se genera ante el poder que la ciencia y la técnica han concedido a la humanidad para destruir el planeta con la lluvia nuclear. Antes nos angustiaba saber que veníamos del mono; ahora nos alarma la convicción de que nuestra decadencia nos devuelve de nuevo al mundo de los simios. Cuando éramos niños, en medio de la dicha solar, teníamos miedo a los espectros de la oscuridad y durante las turbulencias de la pubertad nos sentimos acongojados por los tormentos del sexo y del infierno, por las pesadillas ante un futuro incierto. Pasados los años, al saber qué bromas macabras se gasta la naturaleza y en qué pozos negros abreva la psicología humana, se llega a esta conclusión: el terror que expele la inteligencia solo se atempera con la moral y la moral alcanza su cima con la estética. Esta es la única forma de superar con cierta dignidad las desventuras de este perro mundo.

Manuel Vicent, *El País*, 3 de marzo de 2013

Línea roja

Algún día se recordará cómo era antaño el paisaje de la pobreza en la ciudad. Lo formaban mendigos galdosianos o posindustriales que se acercaban con la mano tendida a la ventanilla del coche en los semáforos o permanecían arrodillados en la puerta de las iglesias con un plato limosnero en el suelo o se paseaban con un cartón en el que proclamaban su desgracia escrita con letras similares, como salidas de un mismo troquel. Puede que hubiera detrás de esos cartones una secreta organización de mendigos, pero se trataba de una miseria resignada que permitía ejercer una caridad tranquila. Los pobres entonces se limitaban a agradecer la limosna con la humildad requerida y todavía se podía pasar de largo sin dignarse siquiera mirarlos a la cara. Pero un día los pobres comenzaron a multiplicarse en la calle bajo distintas variedades, autóctonos e inmigrantes, y a este espectáculo se añadió un hecho inquietante. Gente corriente, mezclada con pordioseros del común, esperaba al anochecer en la puerta trasera de los supermercados en silencio a que un dependiente arrojara en el contenedor la comida caducada. “Papá, aquí hay una barra de pan”, se oyó gritar a un niño de cinco años desde el interior de un cubo de basura. Hubo un momento en que la pobreza visible, la de toda la vida, cruzó una línea roja, a partir de la cual la bajada hacia la miseria colectiva se produjo por inundación. El oleaje engulló al grueso de la clase media, a los que ya no podían ser ayudados por sus familias o preferían el orgullo con hambre a la caridad. ¿Cuándo sucedió la gran rebelión? Puede que fuera aquel día en que se rompió el equilibrio que existía entre el miedo y el cabreo. Estas fuerzas contradictorias se habían neutralizado mutuamente durante un tiempo. Los que temían perder el trabajo no se atrevían a protestar; los que acababan de perderlo no se decidían todavía a destruir el sistema. La visión de la pobreza en la calle fue cambiando. Sin que nadie se diera cuenta apareció un nuevo paisaje humano. Los viejos mendigos herrumbrosos fueron sustituidos en masa por ciudadanos con corbata, por señoras con collares de perlas y tacones, que pedían limosna en las esquinas con odio, sin ninguna humildad. ¿Cómo se produjo el estallido que puso al Estado patas arriba? Nadie lo sabe.

Manuel Vicent, *El País*, 5 de mayo de 2013

Muy machos

Aunque no me gusta el fútbol, disfruté con la victoria de la roja en Francia porque nos hacen mucha falta las alegrías. Eso sí, viendo los abrazos de los jugadores me quedé pensando en la sorprendente ausencia de homosexuales reconocidos entre ellos. ¡Y luego nos jactamos de que nuestra sociedad es tan tolerante y de que la homofobia ya no existe! De acuerdo: entonces, ¿dónde están los futbolistas gais? Según diversos estudios internacionales, el porcentaje de homosexuales se mantiene más o menos estable en todas las culturas y se mueve en una franja entre el 2% y el 7% de la población. Un puñado de dimensiones perfectamente visibles, diría yo. Repito, ¿dónde están? Una amiga me cuenta que, hará unos cuatro años, escuchó en el programa radiofónico Hablar por hablar a un hombre joven que salió al aire sin identificarse, aunque supongo que lo habría hecho antes, en el control, porque, si no, no le hubieran dado paso. Y dijo algo así: “Soy futbolista, soy homosexual, juego en Primera División y tengo que ocultar mi condición. Gano mucho dinero y soy muy desgraciado”. Suena arcaico y parece remitir a una realidad obsoleta y remota, pero debo decir que está ocurriendo cada día, que no sucede solo en España y que no se ciñe solo al fútbol. El deporte en general, ese poderoso espejo de las masas, está cubierto por un velo homofóbico. En los JJ OO de Pekín 2008, solo hubo 10 atletas declaradamente gais entre los 11.000 participantes. En los JJ OO de Londres 2012, 20 atletas entre 12.000. No se puede decir que la cosa progrese a velocidades supersónicas. Y, mientras La Roja jugaba tan virilmente en Francia, París se llenaba de manifestantes contra las bodas gais (como España en 2005). Me pregunto cuántas otras realidades damos por solucionadas, cuántos otros prejuicios solventados, sin que sea verdad en absoluto.

Rosa Montero, *El País*, 2 de abril de 2013

La lanza

¿Qué es hoy un adolescente sin teléfono móvil? Nadie. Actualmente los ritos de pubertad se establecen con una variedad de cicatrices, púas de gomina en el pelo, tatuajes, piercings, con los que escarifican su cuerpo los adolescentes camino de la discoteca o del botellón de fin de semana donde les espera el primer alcohol, el primer sexo y tal vez la última droga de diseño. Los héroes de hoy, como los antiguos, también van armados con una lanza para matar al dragón que tiene cautiva a una bella princesa.

En este caso la lanza es el teléfono móvil, que concede al adolescente un gran poder. El whatsapp transforma al cobarde en valiente, al tímido en audaz, al tonto en listo, al tipo duro en un castigador **ilimitado**, solo que en estos ritos de iniciación también las princesas cautivas usan la misma arma y ya no necesitan ayuda de ningún héroe para escapar del dragón. Tanto ellos como ellas saben que sin el móvil no son nada. No creo que exista ningún adolescente que al darse cuenta en medio de la noche que ha olvidado el móvil no se sienta un guerrero desnudo, desarmado y trate de recuperar a toda costa su lanza. La esencia de esta nueva arma es la inmediatez. En los whatsapps la rapidez en responder a las llamadas es más determinante que el contenido de los propios mensajes. Si no contestas de forma instantánea puedes quedar fuera de combate, puesto que los mensajes de la amiga, del amante, del novio, del descocido se acumulan, se superponen y serás inmediatamente suplantado. Tener el móvil apagado engendra una suspicacia morbosa en la pareja, que puede desembocar en una tormenta de celos si no estás permanentemente conectado. Antes los **enamorados** se eternizaban en la despedida por el viejo teléfono. Cuelga tú; no, cuelga tú; anda, cuelga tú.

En cambio, hoy los móviles se diseñan para poder expresar una idiotez cada día un segundo más rápido. La neurosis de los mensajes superpuestos, inmediatos ha llegado al extremo que muchos adolescentes y también adultos perciben que les vibra el móvil en el cuerpo aunque lo hayan dejado en casa. Esta falsa vibración es un síndrome de la necesidad de esa llamada, de esa respuesta, real o imaginaria, que se espera con angustia, sin la cual uno se siente solo en el mundo.

Manuel Vicent, *El País*, 16 de junio de 2013

Boy

Cuando escuchamos a un **afroamericano** pronunciar el célebre “hey, man”, lo interpretamos como el “oye, tío” que tantas veces aparece en nuestro idioma. Pero el hecho de que ese “man” sea más común entre los negros tiene una dolorosa razón de sobra conocida en los Estados Unidos: no hace tantas décadas que los blancos utilizaban el “boy” para dirigirse a un negro. Ya podía el negro ser un anciano que nunca abandonaba su categoría de “chico”, siéndole negada de por vida la mayoría de edad. Los negros sustituyeron con el apelativo “hombre” aquel humillante “chico” al que tantas veces se vieron obligados a responder. Cierto es que la corrección política en Estados Unidos ha alcanzado cotas ridículas, tratando de fiscalizar no ya el habla presente sino la que forma parte de la historia, como esas correcciones que se le han aplicado al pobre Mark Twain en *Huckleberry Finn*. Irónico, siendo como fue Twain un adelantado en la defensa de los derechos de todos los seres humanos.

El caso español es curioso. Cuando a un personaje público se le recrimina su falta de consideración hacia un determinado grupo, este apela de inmediato a su derecho a hablar a la pata la llana, a no dejarse llevar por la cursilería de lo correcto. No es capaz de reconocer que a estas alturas dirigirse en términos discriminatorios a un ciudadano, sea cual sea su condición, es inadmisibile. ¿Es tan **deshonroso** pedir disculpas y dejar de marear la perdiz?

Celia Villalobos defendió su derecho a usar la entrañable palabra “tontitos” para referirse a los **discapacitados** por tratarse del habla de la calle. No sé a qué calle se refería, pero sería deseable que los políticos no la frecuentaran. Yo, que también amo la calle, dejé hace mucho de oír la odiosa palabra. Desde que aquellos que fueron tontitos hoy van a la escuela, aprenden oficios y a menudo aspiran a ganarse la vida.

Elvira Lindo, *El País*, 2 de marzo de 2011

Lo más sagrado

Por mucho que se empeñen las revistas femeninas en publicar de vez en cuando titulares felices sobre Mamás a los 40 y mostrar un catálogo de madres cuarentonas que a los pocos días del parto recuperan su envidiable figura, los pediatras comienzan a preocuparse por lo que parece ser una tendencia en alza. Hace tan solo unos años, antes de que la crisis azotara, se achacaba el retraso en la maternidad a un exceso de agenda vital, a la obsesión por medir cada etapa; pero ahora no hay manera de eludir lo obvio: las mujeres tienen miedo a que el embarazo les haga perder un trabajo ya de por sí escaso y mal pagado, a no tener tiempo para atender a un hijo o a ser incapaces de ofrecerle un buen futuro. La consecuencia es que mientras las maternidades se retrasan, la tozuda naturaleza se impacienta: a los 35 una mujer es mucho más joven de lo que fueran las mujeres de hace medio siglo, pero la biología es conservadora y no son pocas las que mediada la treintena tienen que recurrir al empujón de la reproducción asistida. Todo se ha dilatado: la adolescencia, la juventud, la llegada de la definitiva madurez y, ya en estos últimos tiempos, la independencia económica, pero los ovarios no atienden a razones sociales ni económicas. ¿Cabe entonces reprocharle a alguien que tenga miedo a traer hijos al mundo? Más bien al contrario lo que ocurre es que las mujeres (acompañadas o no por sus parejas) están siendo tan responsables que, ante la desesperanzada perspectiva de no poder conciliar su vida laboral y maternal o de criar a una criatura en un país en el que se va desintegrando el sistema público, decidan no tenerlo o posponerlo al límite, a ese límite en el que los niños nacen con menos peso por la cantidad de embarazos múltiples que conlleva la reproducción asistida. Es la economía (estúpidos) jugando con lo más sagrado.

Elvira Lindo, *El País*, 29 de mayo de 2013

Zombis

Bajo el terror económico impuesto por la crisis, es lógico que el ciudadano anónimo de este país no recuerde cuándo empezaron a irle mal las cosas y, menos aún, el momento en que perdió la autoestima y bajó los brazos frente al poder. Ese olvido es la forma más envenenada de autorrepresión que puede sufrir la conciencia colectiva. Se trata de una aceptación tácita de que todo va mal y que nada se puede hacer para remediarlo, sin que tampoco se logre saber el motivo profundo de esta impotencia, que es de todos y de nadie. Cuando esta represión psicológica se produce, el poder ya no tiene ninguna necesidad de ejercer la violencia para reprimir las libertades y derruir las conquistas sociales adquiridas tras una larga lucha, puesto que es el propio ciudadano el que asume la culpa y se inflige el castigo. Frente a la prepotencia de un Gobierno con mayoría absoluta, que no duda en imponer su voluntad entrando a saco mediante decretos en la vida pública, el ciudadano ejerce el derecho a la huelga, convoca manifestaciones en la calle, grita detrás de las pancartas, incluso es capaz de levantar barricadas, pero, neutralizada su cólera por el miedo a perder lo poco que le queda, acepta de antemano la derrota. Un extraño virus ha anulado su capacidad de rebeldía hasta convertirlo en un zombi. En efecto, este país está a punto de parecer un reino de muertos vivientes, sin que ninguna voz nos haga saber que nuestra tumba, como la de los zombis, está llena de piedras. Muertos vivientes los hay pobres y ricos. Los pobres caminan como autómatas con la cabeza gacha, si bien a veces miran al cielo esperando que se produzca la lluvia de sardinas que les han prometido; en cambio los zombis ricos entran y salen de los restaurantes, joyerías y tiendas exclusivas en las millas de oro, aparentemente felices, aunque observados de cerca, se descubre su rostro crispado por el terror a que su fiesta sea asaltada mañana por una turba de mendigos. Algunos advierten que la carga explosiva está ya en el aire a la espera inminente de la chispa que provoque un estallido social de consecuencias imprevisibles. Pero esta deflagración no será posible sin que antes se produzca un prodigio: que haya una rebelión de zombis, como en otro tiempo la hubo de esclavos.

Manuel Vicent, *El País*, 24 de noviembre de 2013

Misa sin gallo

Este año, para miles de pelados y hundidos, el árbol de Navidad es el del ahorcado. Que tenga cuidado el gallo cuando canta, lo pueden afanar. Ha vuelto la gazuza donde solía, porque la Historia de España no es la que cuentan los separatistas catalanes, ni tampoco la idealizada por otros españoles, sino un relato épico trufado de hambre y picaresca. La Historia de España es un cuento gótico que se inicia en Atapuerca con el canibalismo y se alarga en una crónica negra en la que no hemos dejado de comernos unos a otros. Unas veces faltaba la manduquela por las pestes, otras por las sequías, otras por las guerras o por la bancarrota del Estado.

Casi siempre hemos estado gobernados por zoquetes y bribones. Incluso en épocas áureas los pobres acosaban con sus lametonas y plañideras a los fieles en la Misa del Gallo hasta en la pila del agua bendita. «El pordiosero que tiene llaga la refresca y afeitada para el día siguiente». Aquellos mendigos que rezaban oraciones a quien les daba ayuda, y si pasaban de largo se acordaban de los muertos del paseante han dado el relevo a un nuevo harapiento que tampoco se parece al de la posguerra, cuando la carne y los huevos sólo se conseguían con receta médica. El nuevo pobre está más solo que nunca.

Parecía que habíamos dejado atrás aquella maldición y nos hemos encontrado otra vez con nuestra mala sombra, que se hace muy visible en la Navidad de los buenos sentimientos. Hay bancos de alimentos en todas las ciudades, habrá pesca milagrosa de gambas en la rebusca de los contenedores.

No está el Belén para villancicos o para que se duerma mi niño. Tened los ramos, entre zambombas, reyes, zagales y corderos que retozan. Y este Papa, que es muy piola, ha recordado que no hay nada que se parezca más al nacimiento de Jesucristo, tal como lo cuentan los evangelistas, que el nacimiento de un niño pobre en un establo, tiritando de frío.

Algunos han llegado a sospechar que Cristo, como un junco, era gitano; algunos calorros lo llevan en una medalla donde el rabí tiene un aire a Camarón. El hambre vuelve a ser el problema político más urgente de la humanidad. Por eso la Iglesia dice: menos ruido, menos consumo. El Papa Francisco visita los comedores sociales y hace regalos prácticos a través del limosnero pontificio: recargas de teléfonos móviles, billetes de autobús y de metro, y christmas firmados por él mismo. ¡Tiene huevos! La Iglesia en la vanguardia mientras la izquierda se dedica a tapar la corrupción y a elegir jueces.

Raúl del Pozo, *elmundo.es*, 24 de diciembre de 2013

Martes de carnaval

En aquella trilogía, *Martes de carnaval*, Valle-Inclán dio con el punto justo e inequívoco de lo que vino a ser el esperpento. En el esperpento no está la verdad, sino que ésta reside en sus acotaciones. Miguel Blesa es una acotación de la inmundicia financiera. Y, por tanto, hijo putativo del esperpento local. Un tipo que hizo números desde el imposible matemático, generando uno de las mayores desmadres financieros de la democracia. Un personaje entregado fieramente a la vida loca del hortera. Un estafador cobarde que hoy echa contra los suyos la mierda de las preferentes. Un récord del mal gusto. Un enchufado de Aznar con pase VIP en Génova. Un mentecato. Ahí lo tienen: Miguel Blesa saliendo de los juzgados como uno de esos trincones que, descubierta el pufo, ya no sirven para nada.

En su declaración ante el magistrado Fernando Andreu defendió el bestialismo de la estafa de las preferentes alegando que «un jubilado que cobra su pensión no es un ignorante financiero». Y tiene razón. Hay jubilados que saben bien de números. Pero hay muchos más que no saben. Esos son los trincados, junto a niños, analfabetos y discapacitados intelectuales. ¿Tampoco éstos son ignorantes financieros?

Valle es el Víctor Hugo español de la vanguardia (Umbral). No confundió la literatura con acostarse tarde y trazó un escrache de divinas palabras contra una realidad pringosa. Supo pronto que una sociedad acobardada y un periodismo frágil no pueden competir con la verdad. Y eso beneficia a tipos como Blesa, un escopetero con jeta de chulillo venido de fuera.

En este país casi todo transcurre como esperpento. Es normal en terruños donde el quietismo es hoja de ruta. La estampa de Blesa, el babilónico Rato, los políticos de turno y los sindicatos sentados a la mesa del consejo de administración de Caja Madrid es un cuadro muy completo, un Entierro del Conde Orgaz de tramperos. Gentes con gesto de despotismo y mal gusto beneficiados hoy de ese crimen social que es el olvido. Más esperpento. Ahora queda la duda metódica de pensar si la polaroid de la santísima recuperación, esa cara de Bélmez del 2014, incluye al señor Blesa (señor en funciones) en un Mercedes chiquito a la puerta del juzgado. O si alguien tendrá los huevos necesarios (jueces y demás) de meterle mano. Este tipo se lo ha montado muy bien con el apaño y el embuste, laminando los ahorros honestos de gente honesta con ese gesto de asco que tú bordaste en rojo ayer. Lo dicho: el esperpento.

Antonio Lucas, *El Mundo*, 04 de marzo de 2014

La República se ha convertido en un parque natural de la política española. Se trata de un espacio de la memoria colectiva, que habría que preservar como se hace con un paisaje muy singular o con las especies biológicas en peligro de extinción. Puede que los ciudadanos que vivieron aquel episodio nacional lo recuerden con la nostalgia de un sueño de libertad, igualdad y fraternidad o con el horror de un mal parto, que terminó en la tragedia de una guerra civil. Para muchos españoles que no conocimos aquel tiempo sino a través de libros y relatos melancólicos o envenenados, más allá de los tópicos en que ha llegado hasta nosotros, la República es ese futuro irreal e incontaminado al que, de momento, solo se puede llegar por el camino del romanticismo. Los más profundos poemas de amor se deben a poetas que han experimentado amores frustrados o prohibidos. Las mejores novelas de aventuras han sido escritas en la mesa camilla imaginando piratas en el ventanuco del patio de luces y, por supuesto, las pasiones más morbosas suelen proceder de escritores de vida funcionarial, muy ordenada. Probablemente la República hoy sería otra cosa si se hubiera proclamado un día de invierno con niebla, pero llegó un 14 de abril bajo la flor de las acacias y en el sentimiento popular está asociada a la primavera y a la Niña Bonita, el número mágico en la rueda de la fortuna. En las manifestaciones de protesta en la calle se ve crecer cada vez más alta la marea de banderas republicanas enarboladas por jóvenes, que sueñan con una primavera política, que limpie la suciedad de estos tiempos en que vivimos. La crisis económica unida a la basura de la corrupción cuyo hedor no cesa de apoderarse de la sociedad, sin respetar siquiera la escalinata de la casa real, hace que en medio del aire irrespirable, la República se haya convertido en ese parque natural que es necesario proteger, aunque solo sea para purificar la mente de los ciudadanos. No todo está perdido. En medio de la frustración, cada año, cuando se acerca el 14 de abril, muchos españoles divisan un espacio limpio por donde asoma el gorro frigio de aquella Niña Bonita con un mensaje de armonía y libertad. Tal vez se trata solo de un sentimiento, pero ahí está, creciendo más cada día.

Manuel Vicent, *El País*, 13 abril de 2014

Guillotina

Un pensamiento puro podría ser el que emite el cerebro cuando la guillotina o el hacha del verdugo acaba de cortar el cuello de la víctima y su cabeza rueda dentro de un cesto. Se supone que el impulso de la sangre mueve todavía la red nerviosa de las neuronas durante un par de segundos, tiempo suficiente para que el cerebro libere de forma automática la descarga de un pensamiento puro, sin adherencias de los sentidos que se deriven del resto del cuerpo. Tal vez a este mecanismo cerebral se refería Descartes cuando consagró el principio filosófico para resolver la duda metódica sobre la existencia: pienso, luego existo. Dentro de la cabeza del Bautista, que le fue ofrecida a Herodes en una bandeja de plata, probablemente bailarían Salomé todavía la danza de los siete velos; el conjunto de juicios que formularon en el interior de la canasta ensangrentada los cerebros de Luis XVI y María Antonieta, de Danton y Robespierre, y de 16.800 decapitados más, resultaría ser la cosecha esencial de la Revolución Francesa; el cerebro del propio doctor Guillot, el inventor de la guillotina, condenado a probar su propio invento, sin duda quedó deslumbrado por la ironía; el fantasma de Ana Bolena aún se pasea con la cabeza bajo el brazo por los sótanos de la Torre de Londres para gusto de los turistas y Tomás Moro con la cabeza separada del tronco encontró dentro del cesto la *Utopía*, el tratado por el que pasó a la historia. A estos decapitados insignes le acompaña una saga innumerable de criminales y bandidos infames, de gente subalterna sin atributos, la mayoría inocente, que ha caído bajo el hacha del verdugo o la cuchilla del doctor Guillot. Sus pensamientos dentro del cesto constituyen el último relámpago de la filosofía: el terror ante la nada, el destino inexorable, la culpa en la nuca a merced del cuchillo, el odio o el perdón y al final una luz blanca sin sentido que deslumbra y se apaga de repente. Pero ese último pensamiento no sería posible sin el impulso postrero del corazón. La razón necesita alimentarse con latidos de sangre. No se puede pensar sin sentimientos. De hecho, si la cabeza del decapitado fuera también capaz de llorar dentro del cesto, habría que replantearse la duda metódica: ¿Qué sería más profundo, su pensamiento o sus lágrimas?

Manuel Vicent, *El País*, 16 de marzo de 2014

Frivialidad

Les supongo al corriente de lo que ocurre en el noreste de Nigeria. Muchos de nosotros no sabemos siquiera por dónde cae el noreste de Nigeria, pero hemos descubierto a la organización yihadista Boko Haram y nos sentimos horrorizados ante el secuestro masivo de niñas, culpables, según los terroristas, de acudir a la escuela. En nuestra indignación, exigimos que alguien haga algo.

El mayor resultado visible del malestar planetario es una campaña en las redes sociales, #BringBackOurGirls: millones de personas aprietan un botoncito en su ordenador para que las niñas vuelvan a casa. Puede parecer una campaña frívola e inútil. Lo es. Las imágenes de ciertas personalidades, que se han fotografiado sosteniendo un cartelito con el lema, han sido incluso recicladas como chiste. Ahí está, por ejemplo, Cospedal, haciendo la ronda de Internet con lemas más o menos graciosos.

Hay, por supuesto, otras opciones. Estados Unidos, esa potencia militar denostada por su imperialismo y su espionaje opresivo a la que, sin embargo, exigimos que intervenga en cuanto algo nos ofende en cualquier rincón del mundo, lleva tiempo sopesando el asunto. Hillary Clinton, como secretaria de Estado, se negó a incluir a Boko Haram en la lista de organizaciones terroristas. Su sucesor, John Kerry, lo hizo el año pasado. Desde entonces, el ejército nigeriano, cuyo historial de atrocidades rara vez ocupa titulares, se ha sentido legitimado para aumentar la brutalidad de sus incursiones contra los yihadistas; es decir, ya no se preocupa por los millares de víctimas civiles que dejan atrás sus campañas. Y los desalmados de Boko Haram han alcanzado, desde entonces, una infame notoriedad.

¿Qué hacer ahora? ¿Enviar drones para sobrevolar bosques inmensos? ¿Enviar soldados? ¿Cooperar directamente con un ejército empapado en sangre? ¿Invadir a sangre y fuego, como en Irak, un país petrolero que ya es la primera potencia económica africana?

Llevamos años soportando horrores que superan los de Nigeria: Afganistán, Irak, Sudán, Siria. También nos acostumbraremos a esto. Mientras tanto, apretemos el botoncito y elevemos el clamor en las redes sociales. Es frívolo e inútil. Pero es lo menos frívolo e inútil que podemos hacer por el momento.

Enric González, *El Mundo*, 9 de mayo de 2014

Grandeza

El ébola mata de una manera horrible. Creo que es la pandemia que más se puede parecer a la mítica peste negra de 1348, por sus elevadísimos índices de mortalidad y de contagio, por lo fulminante (acaba contigo en una o dos semanas), por su crueldad: los enfermos revientan de sangre. Los primeros brotes de ébola aparecieron en 1976: es un espanto reciente. Pues bien; en hospitales africanos ruinosos, abarrotados y mal abastecidos, centenares de hombres y mujeres, médicos y enfermeros, se dedican a cuidar abnegadamente a los infectados, arrojando el riesgo espeluznante de contraer el virus ellos mismos. Cosa que sucede a menudo. Yo no sé si sería capaz de hacerlo. A mí me aterrará.

Hace 14 años recorté un reportaje del EPS sobre un médico ugandés, Matthew Lukwiya, que murió en diciembre de 2000, a los 43 años, tras luchar contra la epidemia de ébola. Probablemente fuera el primer doctor que falleció contagiado (enfermeros hubo antes, como Simon Ajok). Desde entonces ha habido muchos más. Gente joven y preparada que podría estar trabajando en París o Nueva York y que escogen combatir por la vida en esos sangrientos mataderos. Ahora acaba de fallecer otro destacado médico en Liberia, Samuel Brisbane; en junio murió Sam Motooru, en Uganda. Y hay otros dos doctores y una ayudante infectados y luchando por su vida: los estadounidenses Kent Brantly y Nancy Writebol (Liberia) y Umar Khan (Sierra Leona). Escribamos sus nombres como humilde homenaje. Porque estos guerreros no sólo salvan literalmente miles de vidas y dificultan el avance de esta pesadilla, sino que además, con su ejemplo, convierten el mundo en un lugar habitable. Contra la mezquindad de, pongamos, la familia Pujol, toda esta grandeza es el contrapeso que nos devuelve la esperanza en el ser humano.

Rosa Montero, *El País*, 29 de julio de 2014

Gente que sobra

Lo primero que notas al regresar de las vacaciones es que ha aumentado la mendicidad. Lo percibes en el metro, en los semáforos, en las puertas de las cafeterías caras. Ha aumentado la mendicidad, te dices saliendo de la Fnac con las novedades literarias del otoño. Ha aumentado la mendicidad, te repites calle arriba, hacia Callao. Cuatro palabras a las que das vueltas dentro de la boca, mezclándolas con la saliva, intentando extraer de ellas algún significado. Significan que hay más mendigos que cuando te fuiste, hasta ahí llegas. Hay más pobres que le sobran al Estado español al modo en que le sobran los gitanos al francés. Sobran sus estómagos, sus lenguas, sus ojos, sus bocas, sus pulmones, sus culos, sus pollas, sus coños, sus miradas extraviadas, sus palabras, sobran sus piojos.

En el vagón del metro distingues enseguida a los que sobran. Son tres y lo llevan escrito en la frente. Hay otros cuatro o cinco a punto de sobrar. También lo llevan escrito. Los que no sobramos (aún) nos alejamos de ellos por miedo al contagio. Intentas refugiarte en la lectura de las solapas de los libros que acabas de comprar. ¿Pero de quién son los mendigos? Tuyos no (¿por qué entonces ese malestar?). Ni del alcalde (de otro modo no fabricaría bancos imposibles para impedir su descanso). ¿Pertenece quizá al Ministerio de Interior, al de Igualdad, al de Trabajo, al de Fomento, al de Defensa, al de Sanidad, al de Economía, al de Hacienda? Mientras las estaciones se suceden, repasas ministerio a ministerio y compruebas que no pertenecen a ninguno, ni siquiera al de Justicia, que ya es decir. Tampoco al de la Solidaridad, que ni existe ni se le espera. Ha aumentado la mendicidad, una frase sencilla, impersonal, sin sujeto, como cuando decimos llueve o hace calor. Un suceso atmosférico. La mendicidad como Ciclón de las Azores.

Juan José Millás, *El País*, 10 de septiembre de 2010

Existe

Primero Alfonso Guerra soltó lo de "la señorita Trini" refiriéndose a Trinidad Jiménez, después algunas mujeres políticas protestaron y, a continuación, una tropa de articulistas y comentaristas se dedicó a ridiculizar esa protesta. Pero vamos, faltaría más, decir que Guerra es machista por semejante comentario, exclamaban. Más aún: ¡Hablar de machismo a estas alturas! Cuando en España somos todos tan ultramodernos y hemos superado esas antiguallas.

Esta actitud sobrada, la tonta presunción de estar de vuelta de todas las cosas, es un defecto típico de los países nuevos ricos como el nuestro, en donde hemos pasado en un abrir y cerrar de ojos del más rancio provincianismo a creernos los más avanzados del planeta. Y esta pátina de modernidad, apenas más profunda que una capa de maquillaje, ha hecho que hablar hoy de machismo o de feminismo parezca trasnochado, algo nada in. Si antes, cuando éramos antiguos y pobres, éramos machistas, ahora, ricos y desarrollados, ya no lo somos. Hemos dejado el sexismo atrás junto con las demás rémoras del franquismo. Ese parece ser el silogismo.

Y lo malo es que en esta trampa caemos muchos. Veo a multitud de hombres que ni se plantean más lo del sexismo porque, afortunadamente, "eso ya está superado"; y veo a infinidad de mujeres desorientadas que no se atreven a considerarse feministas por miedo a que se mofen de ellas. Sin duda los excesos de lo políticamente correcto han contribuido a la confusión. Y así, tener que repetir a cada instante "todos y todas" o "ciudadanos y ciudadanas", por ejemplo, rompe los nervios y la salud mental del más templado. Pero eso no significa que no siga existiendo el sexismo, que, por cierto, también puede ser ejercido por mujeres. Resumiendo: decir "miembros y miembras" es una papanatez. Y decir "la señorita Trini" es de un machismo zafio e innegable.

Rosa Montero, *El País*, 12 de octubre de 2010

Seres humanos

Se debate acerca de si nos habríamos metido en la que estamos de haber mandado las mujeres. O más mujeres.

Dejado claro que hacen falta más mujeres en los puestos altos de la política y en la dirección de las empresas, resulta dudoso que la feminidad suponga en sí misma un plus favorable. Como si por el simple hecho de ser mujer ya se poseyeran, de nacimiento, las cualidades necesarias para no conducir los asuntos al abismo: sensatez, capacidad de diálogo, sensibilidad hacia los demás, incapacidad para la especulación... Bueno, eso me parece francamente discriminatorio. Sería como decir que los negros bailan mejor porque están más dotados para el ritmo, o que los árabes pueden fabricar perfumes más interesantes porque tienen las fosas nasales más anchas, o que ser gay garantiza un olfato impecable para la decoración de interiores. Un disparate.

Sí es cierto que necesitamos otro tipo de personas, de cualquier sexo. Personas con valores distintos, cuyo sentido de la responsabilidad en el mando sea más importante que su tendencia a someterse a la falocracia del poder —en el sentido de mira qué grande que lo tengo, qué grande que soy, qué rico me he hecho—, hasta ahora tan en boga.

Hombres y mujeres con principios. Que no contemplen el capital que se les ha dado para administrar, o el territorio político para el que deben trabajar, como un simple medio de autopromoción y de rapiña.

Conozco a unas cuantas mujeres que se consideran feministas y que no le harían ascos a una estafa de la pirámide como la de Madoff. También conozco a otras que llegaron por sus propios méritos a los aledaños del poder. Una vez allí, al aspirar la viciada atmósfera de las cumbres, vomitaron y se fueron a casa.

Hombres de esta clase también conozco. Aunque menos.

Maruja Torres, *El País*, 26 de marzo de 2009

Reacciona

Un repugnante imbécil que dice ser de Badajoz colgó en su blog hace una semana, bajo seudónimo, un vídeo atroz de 11 minutos con las salvajes torturas infligidas hasta la muerte a dos cachorrillos de perro (al parecer era un resumen de 11 horas de tormento). El blog ya ha sido cerrado, pero el verdugo amenazó con matar nueve animales más, y otros dos miserables le escribieron alardeando de haber torturado perros ellos también. La policía dice tener pruebas de que las imágenes se han subido a Internet desde fuera de España. Pero yo pienso que es un compatriota: es muy fácil camuflar el rastro cibernético, y aún más fácil enviar las imágenes a un compinche en el extranjero para disimular su procedencia.

Noticias como esta rompen el corazón, manchan el mundo. No hay ningún atractivo demoníaco, ninguna oscura épica en provocar un sufrimiento tan fácil y tan obvio; el Mal, en realidad, es justamente esto: un cretino siendo absolutamente cruel con unas criaturas absolutamente indefensas. Exijo que una atrocidad así se convierta en algo inadmisibile. Que lo detengan. Que lo metan en la cárcel, que se tomen medidas para que no vuelva a suceder. No solo por principios, por civilidad, por compasión, sino también para defendernos de ese tarado: alguien capaz de hacer algo así, ¿qué no hará a los niños, a los viejos?

Este horror no sale de la nada: el maltrato animal está mínimamente penado en nuestro país, España arrastra una indecente tradición de crueldad contra los animales y actualmente el sadismo se cultiva en el mundo entero con películas morbosas de extremada violencia que los jóvenes tragan con delectación. Si crees que todo esto no te afecta y que la agonía de esos cachorritos no hace que tu vida sea más miserable y más peligrosa, te equivocas. Reacciona, protesta.

Rosa Montero, *El País*, 22 de febrero de 2011

Internautas

Soy una adicta a la microelectrónica. Como millones de españoles, yo también soy internauta. No cultivo las redes sociales por el tiempo que consumen, pero son una herramienta maravillosa: el huracán de libertad que está recorriendo los países árabes cabalga sobre ellas. La tecnología ha creado una realidad paralela, un mundo virtual tan grande como el mundo real. En las redes hay de todo, desde héroes que alientan revoluciones hasta cretinos que utilizan Internet para insultar. Hasta aquí, todo normal, porque el ciberespacio reproduce la vida, y la vida es así de contradictoria.

El problema es que la sociedad desconoce y teme ese mundo virtual y todavía no ha aprendido a valorarlo. Si tú transportaras a un tipo del siglo XIX al año 2011, seguro que la catarata de estímulos lo abrumaría tanto que, de primeras, ni siquiera sabría distinguir la publicidad de las noticias. Pues bien, creo que hoy nos sucede lo mismo: periodistas y políticos le conceden una indiscriminada importancia a cualquiera que diga representar a los internautas y que llene alguna red social de mensajes furiosos (cosa bastante fácil cuando tienes tiempo).

En medio del guirigay cibernético, aún no sabemos diferenciar lo significativo de lo insustancial, ni aplicamos las normas de evaluación que usamos en la vida real. Por ejemplo, la protesta de Anonymous cuando la gala de los Goya salió en primera de todos los diarios, aunque eran cuatro gatos; yo he participado en manifestaciones animalistas con mucha más gente y jamás hemos salido en ningún lado (por cierto, mil gracias a Anonymous por perseguir al torturador de perros).

La Red está llena de grupos de una sola persona y las adhesiones son volátiles, pero le otorgamos igual relevancia a una protesta lúcida que a las chillonas chorradas tipo colegio mayor de unos cuantos veinteañeros en Facebook. No sé si ponerme a llorar o partirme de risa.

Rosa Montero, *El País*, 01 de marzo de 2011

Insostenible

Nadie sabe cómo va a reaccionar ante una situación dramática. Nadie lo sabe. Más nos vale no presumir jamás de valentía. Pero sí se sabe algo de cómo se responde colectivamente a una catástrofe. Cuando se hablaba estos días pasados del ejemplar comportamiento del pueblo japonés, yo recordaba esos dos grandes atentados que viví de cerca, el 11 de septiembre neoyorquino y el 11 de marzo madrileño. Un sentimiento de solidaridad contagioso inundó las dos ciudades y no se puede decir que se produjera una respuesta histórica: a pesar de que Manhattan es una isla; a pesar de la inaceptable desinformación con que se gestionó el atentado de Atocha.

Sí que me pareció extraordinaria la manera en que los ciudadanos de Tokio reaccionaron ante la posibilidad de un corte de energía general que les dejara sin luz y sin calefacción en días de frío extremo. La iniciativa individual hizo disminuir radicalmente el consumo sin que interviniera la presión del Gobierno. Esa responsabilidad sostenida en el tiempo sí que tiene mucho que enseñarnos.

A raíz del accidente de Fukushima se ha generado un debate mundial en torno a la energía nuclear, pero parece que la controversia no va más allá de expresar si uno está a favor o en contra. Pocos parecen hacerse las preguntas fundamentales: ¿cómo vamos a llegar a 2050, año en el que se estima que habrá una población de 9.070 millones de personas, consumiendo al ritmo que consumimos? Somos conscientes de los peligros que acarrea la energía nuclear, pero no está muy claro que lo seamos también de que las energías renovables no satisfarían nuestro actual modelo de vida. Los ciudadanos de Tokio lo tuvieron claro durante varias jornadas: no hay mejor energía que la que no se gasta. Es gratis y es inocua. La pregunta es, ¿estamos de acuerdo en que nuestra vida, tal y como ahora la entendemos, es insostenible?

Elvira Lindo, *El País*, 23-03-2011

Cáncer

Cáncer, esa palabra: se utiliza cuando se habla de supervivientes y se borra cuando se ha cobrado una vida. El eufemismo "larga enfermedad", usado con la buena intención de no desanimar a los que luchan contra ella, ha conseguido el efecto contrario: perpetuar el tabú en torno al nombre que la define y, por tanto, a la propia dolencia. Precisamente el día en que Esperanza Aguirre anuncia que se tiene que operar de un cáncer de mama ando yo leyendo un libro que ofrece una reflexión sobre las trampas del pensamiento positivo. Se trata de *Sonríe o muere*, de Barbara Ehrenreich. La autora, una ensayista norteamericana que padeció también un cáncer en el pecho, hace recuento de toda la mercadotecnia que la invadió tras recibir el diagnóstico: del lacito rosa al osito del optimismo. Todo con tal de borrar aquello con lo que una persona se enfrenta cuando ha de encajar esa mala noticia, el mazazo brutal que la ha de distinguir del resto de los seres humanos mientras dure la enfermedad. Pero el pensamiento positivo convierte a los enfermos en luchadores e ignora a los que perdieron la batalla, como si en parte fueran responsables de haber sucumbido al mal, de haberse rendido. Se llama valiente a quien lo supera, a quien se enfrenta al tremendo malestar de una quimioterapia con una sonrisa o a quien filosofa sobre las ventajas de haberse enfrentado a una enfermedad que lo convirtió en una persona renovada. Esta filosofía de vida, que consiste en hacer desaparecer del mapa la palabra "desgracia" sustituyéndola por "reto", ha sido durante años el eje de los libros de autoayuda y ahora ha ascendido hasta esos estudios académicos que sostienen que la felicidad es buena para la salud. Una manera de obligar al enfermo a sonreír. Todo con tal de no admitir que una víctima sufre, a menudo está triste, y necesita nuestro consuelo.

Elvira Lindo, *El País*, 23-02-2011

En marcha

¿No ha tenido usted nunca la sensación de haber sido expulsado de su vida como cuando nos apeamos accidentalmente del autobús en la parada que no es? El autobús o la vida siguen su marcha, alejándose de nosotros, que los perdemos de vista cuando doblan la esquina. Continúan existiendo, pero en una dimensión lejana, en la que atraviesan calles o plazas que quedan fuera ya de nuestro alcance. ¿Y nosotros? ¿Qué hacer cuando uno se queda fuera de su propia vida? Hay quien se atiborra de ansiolíticos o somníferos. Hay quien se entrega al alcohol. Hay quien se dedica a hacer dinero... Todo ello para acostarse zombi, levantarse zombi y pasar el día zombi. De ese modo, no echas tanto de menos la vida de la que has sido expulsado (o de la que te has caído, o que has abandonado en un movimiento entre voluntario y no). Muchos, en un intento de recuperar esa vida, leen los libros o revisan el cine o retoman los hábitos que recuerdan ligados a ella. Pero lo cierto es que, fuera de la propia existencia, todos esos placeres carecen de emoción. Se le caen a uno de la mano las mejores novelas, abandona a medias las películas en otro tiempo más estimulantes, le resultan opacos los paisajes que le hicieron llorar. Los hay que se resignan, aceptando lo ocurrido como una suerte de jubilación anticipada y forzosa, una especie de pequeña muerte a la que tarde o temprano, a base de sofá y telebasura, piensan, se acostumbrarán. Pero la mayoría, me gusta imaginar, espera tenazmente el regreso de esa vida, desde donde quiera que esté, para subirse de nuevo a ella, y vivirla, en esta oportunidad, con mayor frenesí que antes. La mitad de la gente que vemos bajo las marquesinas callejeras -yo entre ellos- fingiendo esperar al autobús, esperan en realidad que vuelva a pasar su vida por delante para retomarla de nuevo, aunque sea en marcha.

Juan José Millás, *El País*, 25-02-2011

Estupidez

En este momento, hay 17 naves espaciales no tripuladas volando entre los planetas del Sistema Solar y otras siete surcando los espacios misteriosos aún más allá. Algún ordenador de la Tierra está recibiendo ahora mismo imágenes y datos de Marte, de Venus, Júpiter o Saturno, mientras los telescopios fotografían rincones remotos del universo. Y un grupo de hombres navega por la órbita terrestre instalando los sofisticados componentes de la Estación Espacial Internacional. La capacidad tecnológica del ser humano es realmente deslumbrante.

En este momento, millones de personas de todo el mundo están conectadas a través de los increíbles dispositivos de internet, accediendo en segundos a todos los datos que la sabiduría humana pone a nuestra disposición. Y en este mismo instante, en miles de quirófanos se están realizando intervenciones inauditas, trasplantes de órganos y caras, extirpaciones de tumores de profundas raíces, implantaciones de óvulos fecundados que llegarán a nacer, inserciones de chips que permitirán mover un brazo o una pierna artificial. La inteligencia del ser humano no conoce límites.

En este momento, 800.000 personas viven en los 1.150 campamentos de Haití sin agua ni alimentos ni medicinas ni escuelas ni luz. Hay gentes muriéndose del cólera, mujeres violadas pariendo entre los escombros, niños agonizando bajo la mirada expectante de las ratas, ancianos incapacitados abandonados en cualquier rincón. Un terremoto de apenas unos segundos produjo una catástrofe que un año después nadie ha sido capaz de remediar. La estupidez del ser humano es realmente insuperable.

Ángeles Caso, *Público*, 13 de enero de 2011

Hacer y destruir

Hacer siempre es difícil. Hacer una mesa sólida, dar una buena clase, preparar una comida sabrosa, escribir un artículo redondo, pintar un cuadro misterioso, cortar un vestido elegante, crear una novela memorable, componer una canción para recordar. Hacer algo bien es siempre difícil. Pero, si me apuran, aunque el resultado no apunte a la excelencia, la mesa no sea práctica, la clase resulte tediosa, la comida insulsa y la canción olvidable también habrá detrás un trabajo. Hacer supone un riesgo. No siempre los resultados son como uno espera. Sea como fuere, me merecen más respeto los que hacen que los que, protegidos por su inactividad, se dedican solo a reaccionar ante las obras de otros. Cuánto le gustaba a Pla esa frase de Paul Valéry, "la horrible facilidad de destruir". Sí, ese es el signo de los tiempos, la tendencia imparable a emitir un juicio inmediato sobre lo que otros hacen. Todos formamos parte de un jurado popular. Entramos en un artículo y comentamos, "este tío no tiene ni puta idea de lo que dice"; o alertamos a nuestros amigos de las redes sociales, "mucho me temo que ese libro es pura bazofia". Casi ni hace falta ver las cosas que otro hace para juzgarlas. Lo importante, en esta democracia de la reacción, es la rapidez con que uno puede aliviar su ira. Jaron Lanier, uno de los pioneros de Internet que popularizó el término "realidad virtual", ya alertó sobre esa cultura reactiva, que no se limita a la Red sino que se ha instaurado como costumbre: incluso las columnas están plagadas de reacciones ante lo que han escrito otros. Hacer siempre es difícil; reaccionar, sencillo. Hay personas que viven reaccionando. Y me pregunto cómo hay tantas reacciones en horario laboral: ¿no será que quienes reaccionan tan iracundos ante lo que hacen otros no están cumpliendo adecuadamente con su propio trabajo?

Elvira Lindo, *El País*, 26-01-2011

Un mundo raro

¿Y si el universo, con todos sus seres, hubiera nacido digital y al cabo de los siglos hubiéramos inventado (o descubierto) el mundo analógico? ¿Migraríamos desde los bits a los átomos con la pasión con la que vamos de los átomos a los bits? ¿Nos despertaríamos a medianoche para abrir el ordenador y a través de su pantalla ingresar en el extraño territorio de los seres de carne y hueso? ¿Encontraríamos tanto placer en navegar por la realidad analógica como el que nos proporcionan nuestras excursiones a la digital? ¿En cuál de las dos habría más peligros, más trampas, más insectos? ¿Tendríamos miedo de que nuestros hijos adolescentes, tras encerrarse en su cuarto, se fugaran a través del ordenador al mundo que hoy conocemos como real, con sus plazas y sus avenidas y sus tiendas de chinos? ¡Qué asombroso resultaría, para los nativos del mundo virtual, recorrer esas calles de tres dimensiones (cuatro, si añadiéramos la del tiempo), penetrar en dormitorios anchos y altos y profundos, follar con cuerpos llenos de sangre, a 37 grados de temperatura, y dotados de una plasticidad mortal! ¡Cómo nos asombraría esa región vista desde la otra! ¡Con qué pánico nos acercaríamos cada día al portátil, como el que se acerca a una grieta dimensional por la que se accede a un mundo raro! ¡Y qué perturbador resultaría, sabiéndonos digitales, tener hijos analógicos, procedentes de nuestras excursiones al otro lado de la pantalla, al otro lado de la vida! ¿Serían los individuos de carne y hueso los neandertales de los engendrados con bits o viceversa? Me pregunto también si cuando muriéramos en el mundo de los bits, nuestros cuerpos continuarían dando vueltas en el de los átomos. Y por último: ¿existe ya la posibilidad de nacer completamente digital para adquirir posteriormente, desde esa naturaleza sutil, una identidad analógica?

Juan José Millás, *El País*, 18 de febrero de 2011

El árbitro

Se ha dicho que el partido de fútbol ideal es aquel que se gana con un penalti injusto fuera del tiempo reglamentario. El error constituye la esencia de este deporte, generalmente aburrido, que utiliza la mayor parte de los noventa minutos de juego en un insulso peloteo en medio del campo, carente de emoción. Solo el error clamoroso del árbitro es capaz de encender el fuego en las gradas, que al día siguiente llenará de disputas, de burlas y de gritos las oficinas y las barras de los bares. Aparte de esto, es el único deporte que muestra ante el público el vigor de un veredicto inapelable.

En la vida ordinaria cualquier acción ante la justicia tiene posibilidad de recurso. El delito tiene mil formas de escabullirse o de aplazar la sentencia y el agravio puede tardar años en ser reparado. Solo en el fútbol sucede un hecho ejemplar. A estos futbolistas de élite, divos multimillonarios con novias espectaculares, con escudería de ferraris y maseratis, miles de fanáticos que les piden autógrafos y niñas adolescentes que se arañan el rostro al verlos de cerca y se agolpan para arrancarles los botones y llevárselos de recuerdo, he aquí que un árbitro, ante una simple protesta, les muestra la tarjeta roja, les manda a la caseta y ellos agachan la cabeza y obedecen. Solo en el fútbol sucede que el acta redactada por el árbitro, en general, sea la primera y última instancia acatada por las autoridades deportivas. De otro lado, el árbitro concierta todas las iras del público y asume los insultos, blasfemias y desplantes que el subordinado no puede lanzar contra su jefe en la oficina o en la fábrica. Cuantos más errores cometa el árbitro más limpios y purificados por dentro salen del campo los espectadores al final del partido. Me gustaban más los árbitros cuando vestían de negro. Ese atuendo era más acorde con el efecto expiatorio que tienen atribuido por la sociedad. Hay partidarios de introducir la tecnología en el terreno de juego, pero si el fútbol es un deporte todavía excitante se debe al elemento irracional que introduce el árbitro con esa sensación de que su error en el penalti puede desencadenar un cataclismo en el universo. No hay nada más ejemplar que esta justicia expeditiva: error, tarjeta roja y a la calle. Atrévase usted a hacer eso con su jefe.

Manuel Vicent, *El País*, 04 de julio de 2010